

Leyendo el pasado: Recreando mi infancia a través de testimonios inadvertidos

Trabajo de Fin de Grado



Facultad de Filosofía y Letras
Grado de Literatura y Escritura Creativa
Curso 2020-2021

Autor: Sofía Gonzalo Valmala
Tutor: Rocío G. Davis

ÍNDICE

1. Resumen y palabras clave.....	5
2. Primer capítulo.....	6
2.1. Introducción.....	6
2.2. La autobiografía y la correspondencia.....	8
2.3. La epístola y los nuevos medios.....	19
3. Segundo capítulo.....	29
3.1. Identidad.....	30
3.2. <i>Emplacement</i>	31
3.3. Memoria.....	33
3.4. Un análisis.....	34
3.5. Conclusión.....	45
4. Tercer capítulo.....	47
4.1. <i>Domingos en Salvatierra</i>	47
4.2. <i>Llegamos a Indonesia</i>	50
4.3. <i>Desde mi ventanilla</i>	52
5. Bibliografía.....	55

1. RESUMEN Y PALABRAS CLAVE.

Resumen: Este proyecto nace del interés en analizar una serie de correos que escribí en mi estancia en Indonesia de los 7 a los 11 años dirigidos a mis familiares españoles. Tras un encuentro con ellos, muchos años después, nacieron en mí sentimientos como la extrañeza y la sorpresa, y descubrí cosas de la forma que tenía en aquellos años de entender mi sentido de la identidad y de pertenencia que desconocía. El propósito de este trabajo es estudiar por qué el contacto con un material propio años después de su redacción puede suscitar estos sentimientos, y de qué formas las características de la correspondencia revelan una información como esta. El proyecto se divide en tres partes. En el primer capítulo se hace un breve acercamiento a la forma epistolar: cómo se fundamenta en el campo autobiográfico, cuáles son las dificultades a la hora de delimitar el género y qué rasgos mantiene frente a otras formas de escritura de la vida. Asimismo, reflexiono sobre los emails como fruto de la convivencia de la carta tradicional con los medios digitales, las nuevas características que traen consigo y sus repercusiones en las dinámicas comunicativas. El segundo capítulo consiste en un análisis de mi propio material autobiográfico a la luz de lo explicado en el primer apartado y de los conceptos de identidad, *emplacement*, y memoria. El trabajo se cierra con un tercer capítulo en el que narro, de forma literaria, tres episodios significativos de mi pasado según lo aprendido a lo largo del trabajo.

Palabras clave: Autobiografía, correspondencia, email, memoria, identidad, *emplacement*.

2. PRIMER CAPÍTULO

Introducción

Cuando, para la asignatura de Life Writing, se nos pidió, hace dos años, crear un proyecto autobiográfico con un enfoque libre, me emocioné. Estábamos hablando, de pronto, de nociones como la memoria, la identidad, la ética, los límites entre la ficción y la verdad, y había descubierto que este gran y complejo campo contenía muchas de las formas y temas que a mí me interesaban. Mi primer instinto fue buscar, entre cajones y papeles, algún diario. Pensé que sería interesante ver de qué forma había decidido yo presentarme al mundo con catorce o quince años. Y sin embargo, no había sobrevivido, de mi juventud, ningún testimonio digno.

Yo tenía fe en que algo llegara a mis manos, puesto que a mí siempre me había obsesionado el olvido. Tenía una afición por conservar todos los documentos que alguna vez me habían entregado y con ello organizar mi paso por la vida, pensando que, de esa forma, podría siempre revisitar el pasado a mi antojo. Y, sin embargo, parece que escribir un diario no era tarea fácil. Yo plasmaba en mi hoja en blanco mi recopilación de anécdotas y sentimientos del día, traduciendo en palabras unos pensamientos volátiles y cambiantes. Pero a la noche siguiente— ¡qué infantil había sido la Sofía de ayer! Y, convencida de que ya me había convertido en una persona diferente, borraba cada palabra. Aquella ya nada tenía que ver con la Sofía de hoy.

La solución llegó a mí un día que vagaba entre correos por Gmail. Había encontrado, de pronto, una gran colección de correspondencia que tuvo lugar en los años que viví en Indonesia. Cuando estaba a punto de cumplir siete años, el trabajo de mi padre nos llevó, en un inesperado viaje, a Jakarta, y allí pasaría los siguientes cinco años de mi vida. Descubrí entonces que, en el transcurso de esa aventura, escribí alrededor de 200 emails con los que

había intentado mantener el contacto con mis familiares, amigos, y profesores mientras oscilaba entre los dos continentes.

Resulta que aquella pre-adolescente eternamente cambiante y descontenta con sus intentos de autorepresentación había producido una gran cantidad de material autobiográfico a lo largo de su infancia sin darse cuenta—un archivo accidental con el que podía estar en paz por no haber perseverado con otros medios. No había reparado, hasta el momento, en la extensión de textos que se engloban dentro del amparo de la “escritura de la vida,” y recuerdo que me resultó fascinante detenerme en todas aquellas formas con las que vamos dejando huella de nuestra existencia. Aquellas numerosas cartas digitales, si se combinaban, podrían producir un retrato narrativo de mi estadía en Jakarta y de mi yo juvenil durante aquel tiempo.

Estaba emocionada por leer las anécdotas que de seguro había contado a mi familia, recordar un poco más sobre mi vida cotidiana en Jakarta, revivir pequeñas historias sobre la escuela. Y sin embargo, tras la primera ojeada, las anécdotas eran lo que menos me llamaban la atención. Yo no estaba segura de conocer a la autora de esos mails. ¿Qué hacía leyendo sobre la vida y pensamientos de una niña ajena a mí? Estaba entrando en su privacidad, leyendo sus verdades inadvertidas. No recordaba haberme expresado así nunca, ni reconocía como mío aquel sentido de urgencia y necesidad que empapaba las frases. No era extraño, claro. Yo había sido arrancada de mis raíces repentinamente, y mi sentido de pertenencia se concretaba en una familia que estaba a miles de kilómetros de mí. Era a través de correos que yo quería reducir la distancia que nos separaban, recordarles que, aunque sin estar en España, seguía existiendo, seguía siendo su sobrina, prima, y amiga. Pero no fue hasta enfrentarme a este material que descubrí haberme sentido así. Este archivo accidental, entonces, era más valioso de lo que había pensado en un momento, y se

me estaban revelando cosas que desconocía. Dio lugar a una reflexión en aquel segundo de carrera, y a un mayor estudio ahora.

Este proyecto se divide en tres apartados. El primero es un acercamiento a la forma epistolar, cómo se fundamenta en el campo autobiográfico y qué particularidades mantiene frente a otros géneros de la escritura de la vida. También reflexionaré sobre la convivencia de la carta tradicional con los nuevos medios digitales, las novedosas formas que ha adquirido como consecuencia, y sus repercusiones en la escritura de la vida en general y las dinámicas comunicativas en particular. El segundo capítulo consistirá en un análisis del propio material con el que cuento a la luz de lo explicado en el primer apartado. Su objetivo será el de conocer mejor a la niña que los compuso, descubrir sus intenciones y los mecanismos inadvertidos con los que intentaba lograr sus objetivos, así como reflexionar sobre los conceptos de identidad, memoria, y *emplacement* que nacen de mi encuentro con los correos. Finalmente, un tercer capítulo en el que recrearé de forma literaria tres episodios de mi infancia inspirados en lo aprendido de todo ello.

La autobiografía y la correspondencia

La práctica epistolar ha sido, a lo largo de la historia, una de las formas centrales en la construcción de relaciones y la comunicación a larga distancia. Aunque tiene rasgos particulares que la distinguen de otros campos, es interesante hacer también una breve mención al gran fenómeno en el que se inscribe y fundamenta— el *life writing*¹.

Este amplio género comprende varias modalidades dentro de sí: los diarios, testimonios, la correspondencia, las memorias, los relatos de infancia, los libros de viajes, los testamentos, entre otros. Los principales rasgos que comparten todos son, por una parte,

¹ A lo largo del trabajo se utilizará el término en inglés, pues considero que engloba de forma más amplia todo lo que conlleva la autobiografía.

que el material con el que cuentan gira en torno a las vivencias y reflexiones de personas, y que todos los textos se rigen por lo que el crítico francés Philippe Lejeune acuñó en 1975 como “pacto autobiográfico”— en esencia, un garante de que en el escrito coinciden la identidad del autor, del narrador y del personaje (52). De estos dos atributos nacen muchas de las nociones que suelen impregnar los textos de las disciplinas autobiográficas: la identidad, la intimidad, los complejos mecanismos de la memoria, la sensación de pertenencia, la despersonalización que suscita revisitar el pasado, el autoconocimiento, etc. Precisamente por esto también es que los géneros que se inscriben en la escritura autobiográfica tienen la peculiaridad de ser permeables, dúctiles y difíciles de agrupar en un conjunto.

Esto es porque, en primer lugar, el que contengan análisis e introspecciones, relatos de momentos significativos a lo largo de la historia y sean un testimonio de las formas en las que se han desarrollado vidas personales y colectivas, proporcionan material de interés para muchas disciplinas. Asimismo, los textos están condicionados por el “carácter mutante e irrepetible de la vida, diferente de una sociedad a otra, no existe un modelo de narración autobiográfica, lo que confiere a este género un especial dinamismo interno de adaptación y contraste en interacción perpetua con otros modelos literarios y culturales” (Puertas Moya 117). Los textos están sujetos al proyecto autobiográfico de cada uno y esto no hace más que ampliar el espectro de posibilidades, convertir cada documento en único.

Dentro de lo autobiográfico, lo epistolar abarca una realidad compleja. Para empezar, las cartas también son

[...] piezas codiciada y pretendida por numerosas disciplinas, lo que nos pone de manifiesto su versatilidad y variedad: a) como documento histórico, de valor inestimable para comprobar hipótesis, la historia recurre a la carta

constantemente; b) por su valor testimonial y su reflejo de la sociedad en un momento determinado, la carta es punto de partida para muchos estudios sociológicos; c) para llegar a comprender determinadas actitudes de los epistológrafos, la carta es un instrumento de gran utilidad para la psicología; d) por la transmisión de conocimientos de índole filosófica, política, científica, técnica, etc., la carta sirve de apoyo a todas estas disciplinas. (Saiz 18).

Este corpus, además, tomará distintas formas según entre quienes se mantiene la correspondencia, y estará sujeto al proyecto de ambos corresponsales, a la cantidad y calidad de información que deciden compartir.

En la redacción y en el estudio de las cartas también entrarán en juego cuestiones como la intimidad, la confesión, la sinceridad, los complejos mecanismos de la memoria, la rememoración desde el presente, el desdoblamiento que esto provoca en el escritor, la referencialidad, el nombre propio, la firma y la existencia de un lector. Por ello, con los demás géneros de *life writing* comparte que es una forma de auto representación, y que de ella se pueden hacer las exploraciones propias de otras escrituras de la vida con respecto al pasado o al *yo*. Georges Gusdorf considera esta una de las posibilidades más importantes de la autobiografía en general. Para él es “uno de los medios del conocimiento de uno mismo, gracias a la reconstrucción y al desciframiento de una vida en su conjunto” (Gusdorf 9). Además, señala que “el privilegio de la autobiografía consiste, por lo tanto, a fin de cuentas, en que nos muestra no las etapas de un desarrollo, cuyo inventario es tarea del historiador, sino el esfuerzo de un creador para dotar de sentido su propia leyenda” (Gusdorf 17). En este sentido, la correspondencia también permite arrojar luz sobre la dimensión ontológica de su autor, que puede llegar a conocerse de forma más profunda a

través de su historia. Sin embargo, el proceso de búsqueda y conocimiento en la poética epistolar es más una posibilidad a posteriori que la intención de la que parte. Y es que la correspondencia, aunque en estos aspectos previamente mencionados es similar a otras modalidades de escritura de la vida, los concreta de formas distintas, y tiene algunas particularidades esenciales que hacen a este género único.

Por todo lo anterior se ve como la correspondencia no se libra de la permeabilidad, la interacción con otros campos y la versatilidad que es parte de toda la producción de la escritura de la vida, y esto no hace sencillo la labor de delimitar sus posibilidades. Tanto Margaretta Jolly como Liz Stanley, que dialogan con respecto a la posición de la correspondencia como género y sostienen opiniones distintas, coinciden en reconocer esta naturaleza escurridiza. Para Jolly, ha sido la consecuencia de que la carta no haya sido tan estudiada como otros géneros autobiográficos. Mucho de los parámetros que se aplican en los escritos de *life writing* son difíciles de ajustar en la correspondencia:

[...] the delicious arguments that have been had over truth and sincerity as the usual jumping off point for analysing autobiography do not apply to letters in any simple way. In explaining why this is so, we begin to appreciate as well, the reason that letters are equally challenging to much genre theory. In autobiographies, diaries and journals, tensions between art and artlessness are rooted in the ambiguous status of a writing that is both creative and historical, that lies between disciplines of fact and those of fiction. By contrast, in the letter those tensions represent not so much the ambiguity between history or fiction as that between the utilitarian and the aesthetic aspects of writing more generally. (Jolly 92).

También incluye, entre sus dificultades, el aspecto de la veracidad— este pacto que caracteriza a todo texto autobiográfico lo considera aún más ambiguo en la correspondencia, ya que no está suscrito entre el lector y el escritor, sino entre el escritor de la carta y su corresponsal. Hace inciso también en los aspectos retóricos, pues en la práctica de la correspondencia se adoptará un tono distinto según con quien se esté dialogando, casi de forma performativa, por lo que esto no hace más que acrecentar la flexibilidad de la carta como forma (Jolly 93).

Por otro lado, Liz Stanley va tan lejos como para desconfiar en la noción de género aplicado a este caso: “Broadly, my position with regard to the epistolary is that ‘the letter’ as a genre type immediately dissolves into messy or hybridic forms once actual examples come under analytic scrutiny” (94). Su posición, por ello, es la de estudiar las correspondencias de forma aislada y en la práctica, pues le parece que la coherencia y el significado de las cartas depende demasiado de los protagonistas del intercambio epistolar y su realidad textual como para que sea productivo un estudio del género y sus características en abstracto (Stanley 100).

Otro de los aspectos de interés para la crítica es la dimensión estilística de la epístola y su pertenencia o no al campo de la literatura. No es hasta hace poco que las cartas han dejado de ser utilizadas únicamente como fuente de conocimiento de la vida y la persona de los remitentes. Sin embargo, “over the last two decades or so, the emphasis has been on the performative, textual and rhetorical aspects of letters, and that they inscribe ‘a world,’ emanate from a particular epistolary community, and have their own characteristic features” (Stanley 211).

Por su parte, Louis Horowitz reflexiona sobre la paradoja que supusieron las cartas de Madame de Sévigné, pues su publicación y lectura produjeron un interés que no era fruto

de la posición o renombre de la marquesa: “the case of Mme de Sévigné is quite special. The enjoyment secured from reading the marquise's letters is totally self-contained. The correspondence cannot be a ‘key’ for us to understand better the writer's other works, for there are none” (Horowitz 13). Es entonces cuando se intenta alejar a la carta de su dimensión biográfica y referencial, y se abre el debate con respecto a si la correspondencia es también objeto de interés para la crítica literaria.

Aunque algunas voces, como la de Stanley, no consideran tan fructífera la definición del género de la correspondencia como el estudio de los intercambios epistolares en concreto, es cierto que existen algunas constantes entre los textos y que distinguen a este género de otras formas de *life writing*. Una de las principales distinciones es la motivación y la necesidad de la que nace. La epístola es, sobre todo, un instrumento de comunicación con el otro. Está concebida para establecer y mantener relaciones y, sobre todo, reducir una distancia que de otros nos separa. Cuando Madame de Sévigné escribe a su hija, Madame de Grignan: “Eh quoi, ma fille, j'aime à vous écrire, cela est épouvantable, c'est donc que j'aime votre absence!” (Melançon 21), vemos reflejado que es gracias a la ausencia que la escritora francesa puede conversar con su hija. La separación entre dos personas queda aquí plasmada como desencadenante, como condición necesaria para la puesta en marcha de un intercambio epistolar. De hecho, la distancia dota a la correspondencia de muchas de sus particularidades, como su dimensión comunicativa, en primer lugar, que aunque no signifique que las cartas se asemejen en todos sus aspectos a lo oral (pues el proceso de escritura es muy distinto al del hablado), ha hecho que la carta se vea en múltiples ocasiones como conversaciones en papel (Stanley 213). Por otro lado, la dimensión comunicativa resalta, de la carta, la importancia de la realidad extra-epistolar. Estos textos están siempre sujetos a situaciones concretas, y versan sobre acontecimientos concretos.

Esto supondrá, por ende, que su contenido y estructura varía según los corresponsales en concreto (y, como ya se ha visto, convertirá al género epistolar en algo controvertido y difícil de delimitar para la crítica).

Puesto que lo que se pretende es mantener el contacto y recibir respuestas que alimenten esta correspondencia, otro de los aspectos más característicos de la carta es que su interés y objetivo es lograr la persuasión del receptor para que conteste de vuelta. Es a través de mecanismos, explícitos o no, de seducción por parte del destinatario, con lo que el emisor pretende exhortar al objetivo de la misiva, y que variarán según la intención de la que parte y el resultado que busca.

La persuasión propia de la correspondencia debe darse a través de dos aspectos. Por una parte, a través del contenido. El escritor deberá tener presente el aspecto semántico de su mensaje, que suele circular en torno a cuestiones que impliquen tanto a él como a su receptor. Así lo explica Pilar Saiz, que añade que: “serán los temas que afecten personalmente no sólo al yo sino también al tú, los que se pongan de relieve. [...] En el ámbito de la carta íntima el epistológrafo pondrá su empeño en conmover, agradar, instruir; en definitiva, en actuar sobre el destinatario a través de los temas que le afectan de forma personal” (70). El otro aspecto del que se sirve el emisor para persuadir es la disposición o la presentación de la estructura externa de la carta. Este punto ha sido muy estudiado a lo largo de la historia, y se han impuesto numerosas veces unas normas de presentación. Las que se distinguen hoy en día son: una presentación inicial, en la que el autor ya podrá empezar a captar la atención del destinatario; la narración del cuerpo central, de la que son también reveladores el modo de discurso empleado, la organización de la información y los temas elegidos; y finalmente una conclusión, en la que tienen cabida fórmulas de cierre tan personales como en la presentación (Saiz 74). El estudio de la

temática y disposición formal de la carta, así como de los niveles pragmático, semántico y sintácticos será lo que nos dé información sobre las estrategias que ha empleado el autor para llevar a cabo el proceso de seducción y, en última instancia, de quién es y qué desea (Saiz 15). Conocer esto es importante, porque la manera inconsciente en la que yo modelé mis correos, la elección de saludos y despedidas, las anécdotas que decidí relatar y los mecanismos implícitos con los que yo di forma a mi proceso de seducción serán los aspectos que me darán información sobre cómo me sentía en ese momento de mi infancia y qué buscaba con mi comunicación.

En conclusión, la seducción del destinatario es importante porque es parte del proceso de la redacción de la correspondencia y la organiza y condiciona internamente. Precisamente porque con la correspondencia se busca mantener una comunicación recíproca es que es importante el papel de ambos partidos. En este intercambio existe un *yo* que escribe sobre una realidad extra-textual, que comparte su intimidad y que se presenta como un referente real. Esto lo hace con intención de mantener una dinámica conversacional con un *tú*, también envuelto en una realidad extra-textual. A través de sus respuestas queda establecido un pacto epistolar (Saiz 76).

El pacto epistolar, por tanto, es otra de las particularidades más importantes de la correspondencia. Es la forma que tiene la carta de concretar el pacto autobiográfico, que — ya se ha visto—, es uno de los pocos, pero esenciales, rasgos que comparten las modalidades de la escritura de la vida entre sí. En el caso de la correspondencia adquiere un papel especialmente destacable: no solo es un garante de veracidad de la información que en ella se relata, sino que es lo que posibilita que se lleve a cabo el objetivo de la carta— una seducción por parte del emisor a un destinatario, que se logrará por las respuestas que lleguen de vuelta y que posibilitará la reciprocidad comunicativa.

Otra de las características de esta forma de auto representación es que, en la mayoría de los casos, es inadvertida. Cuando no están concebidas para la publicación desde un primer momento, las cartas funcionan como parte de ese otro material testimonial que el humano va dejando a lo largo de su vida de forma inconsciente, como así yo con mis correos. Esta ausencia de intencionalidad también cambia la forma en la que uno se acerca a la redacción de la correspondencia, habitualmente sin otro objeto que la de la comunicación.

Así como en la autobiografía, por norma general, se busca un principio organizativo que dote de un orden lineal a la narración, la comunicación por carta se lleva a cabo de manera discontinua. Aunque se pueda, a posteriori, reconstruir una narrativa sobre un intercambio epistolar, el material con el que se cuenta estará sujeto a saltos temporales, a largos espacios de silencio, a cartas en ocasiones independientes de las anteriores. Por tanto, la epístola también se caracteriza por la fragmentación. En palabras de Liz Stanley: “letters are written one at a time, over sometimes lengthy time-periods, and in dialogue with replies, whether on paper or in person; and neither the letter-writer, nor their readers/correspondents as a group, ever see the whole or even that part of it which remains extant and archived” (108).

Partiendo del papel detonador de la ausencia y la distancia, Jane Altman pone el foco en el lector— el receptor de todo intercambio epistolar, como otro de sus elementos centrales. El lector es necesario porque, como ya se ha explicado, solo con la dirección de un destinatario es que un autor pone en práctica la redacción de la correspondencia. Pero Altman hace inciso en las formas en las que su presencia influye también en el lenguaje de la epístola:

If first-person narrative lends itself to the writer's reflexive portrayal of the difficulties and mysteries surrounding the act of writing, the epistolary

form is unique among first-person forms in its aptitude for portraying the experience of reading. In letter narrative we not only see correspondents struggle with pen, ink, and paper; we also see their messages being read and interpreted by their intended or unintended recipients. The epistolary form is unique in making the reader [narratee] almost as important an agent in the narrative as the writer [narrator]. (Altman 88).

Y aunque no tuviéramos acceso a esta segunda parte— los intentos de interpretación de la carta— ya se ha visto que el receptor es esencial porque dota a la epístola de su direccionalidad fundamental.

La crítica habla también de la unicidad del lenguaje epistolar, que considera distinguible de otro tipo de discursos. Aunque ninguno define la epístola ni son aplicables solo a la carta, reconoce algunos rasgos que, en su conjunto, constituyen lo que es único a este tipo de lenguaje. En primer lugar y, de nuevo, como resultado de la presencia de un receptor, existen las particularidades lingüísticas del *tú* y *yo*. Esto no ocurre en otras narrativas, en las que no hay un destinatario al que se refiere, o este es anónimo. Además, el *tú* no solo existe en el discurso sino que es capaz de iniciar su propio discurso a posteriori, en el que se invertirán los pronombres (Altman 117).

Aunque también entran en juego los mecanismos de la memoria, y también haya espacio para la retrotracción y el recuento de anécdotas y experiencias pasadas, la carta tiene un elemento que no comparte con otros relatos autobiográficos: la capacidad de proyección. La epístola, por naturaleza y aunque no llegue a enviarse, tiene como objetivo alcanzar a un receptor. Existe, entonces, una doble capacidad de retrospección y anticipación, una interacción entre el pasado y el futuro. Esto también tiene consecuencias en las particularidades del lenguaje epistolar. Así, señala Altman que el tiempo presente

figura como eje entre los vaivenes del pasado y futuro, tiempos que tienen además la particularidad de la polivalencia. La temporalidad en la carta es dependiente del momento de la redacción, del envío, de la llegada y la lectura o posibles relecturas. El pasado epistolar es siempre relativo al presente, a un presente que ya hemos visto que está también orientado al futuro. Ella explica que “the present of epistolary discourse is vibrant with future-orientation. Interrogatives, imperatives, and future tenses—rarer in other types of narrative—are the vehicles for expression of promises, threats, hopes, apprehensions, anticipation, intention, uncertainty, prediction. Letter writers are bound in a present preoccupied with the future” (Altman 124).

Este tiempo particular es, además, inasible por varias razones. Primero, por la imposibilidad de que la narración ocurra al mismo tiempo que el evento, ya que la carta siempre se referirá a algo que ha pasado. Segundo, por la incapacidad de que el presente escrito se mantenga válido. Así, cuando en la carta se dice “yo siento,” “yo creo,” este siempre estará desfasado. Finalmente, ya que el presente del escritor de la carta nunca es el presente del receptor, también es imposible el diálogo presente. Esto es, “yo siento” no puede ser interpretado por el receptor como “tú sientes” sino “tú sentiste así cuando escribiste la carta” (Altman 129).

En conclusión, queda claro que el ámbito de la correspondencia es complejo y difícil de delimitar por algunas de sus particularidades: tiene una dimensión dialógica, es importante el universo referencial, muchas de sus características dependen de cada uno de los remitentes y destinatarios, y además adquiere un lenguaje propio como consecuencia de aquellos que las componen y de los mecanismos de seducción que ponga en práctica para conseguir su objetivo cada autor en particular. Tiene también, sin embargo, características que la diferencian de otras modalidades de *life writing* y que la hacen única como género.

La epístola y los nuevos medios

A pesar de que estudiaré mi correspondencia a la luz de la teoría epistolar, lo cierto es que el material con el que cuento son una serie de correos electrónicos. Aunque similar en varios aspectos a la carta, el formato digital confiere a este tipo de comunicación nuevas características, y altera la forma de construir y mantener relaciones.

La tecnología, el internet y los nuevos medios que de ello han surgido han afectado a las distintas prácticas de la escritura autobiográfica en general y de varias maneras. Como herramientas, el ordenador y el teléfono móvil ofrecen nuevos espacios para la escritura de la vida, y estos tienen características propias que inevitablemente moldean la estructura y el contenido de los mensajes, así como la forma que tenemos de entender nuestra identidad. Madeleine Sorapure distingue, en primer lugar, la forma no lineal de organizar la información que permiten los distintos lugares de la red frente a la cronología a la que invita el papel. Mientras que en un libro, diario o carta, el escritor deberá atenerse a la inevitable sucesión ordenada del papel, “the Web’s hypertextual structure enables a non-linear, non-chronological, and multiple ordering of the life story and thus readily represents the writer’s subjectivity as dispersed and discontinuous” (Sorapure 225). Es interesante también que internet dota a la actividad de la escritura de la vida de la posibilidad de revisión. Este fenómeno está siempre disponible y abierto, y se puede repasar y actualizar prácticamente todo aquello que uno publica sobre sí en la red. Esto se traduce en una forma de entender la identidad como algo moldeable y en constante cambio y evolución, frente al irremediable estatismo que conlleva el papel. La crítica menciona también la dinámica conversacional e interactiva que permiten los medios digitales, en los que se pueden crear proyectos conjuntos o recibir comentarios de todos aquellos que tengan acceso. Y finalmente, explica cómo los espacios digitales cuentan con la posibilidad

de la inclusión de elementos como la imagen, el vídeo, el sonido, entre otros, ampliando el espectro de posibilidades a la hora de nuestra representación.

El alcance de las posibilidades del formato digital es, como se ve aquí, muy grande. Internet no solo habilita nuevos espacios para la escritura y la autorepresentación, también altera nuestra forma de entender la identidad e imagen. Sus plataformas amplían las oportunidades de forma casi infinita, y de la misma manera traen consigo nuevos peligros y consecuencias que nunca ha sufrido el papel y que se conocerán mejor según convivamos más tiempo con ellas. Benoit Melançon y Margaretta Jolley, que hacen ambos un estudio sobre el intercambio e interacción electrónico, sostienen posiciones distintas con respecto a cómo de positivas o negativas son las nuevas formas hacia las que evoluciona. Aunque no coinciden en muchas de ellas, sí lo hacen con reconocer los nuevos problemas que nacen del entorno digital. Para el crítico francés, el principal es que, en internet, existe un control sobre lo que recibes, lo que no, y la cantidad de posibilidades que existen a la hora de manejar esta información. Explica que hay un desenfrenado tráfico electrónico que habilita la posibilidad de reenviar y distribuir información de la que el papel nunca se ha visto amenazado (Melançon 38). Por su parte, Jolly encuentra que, en el caso de la escritura autobiográfica virtual, los problemas de veracidad que tan importantes son en este campo se vuelven más problemáticos, puesto que es más difícil asegurar la autenticidad de los autores y de la información relatada a través de las pantallas y el anonimato que proporcionan (Jolly 158).

De forma más particular, la introducción de los medios digitales también ha tenido un impacto en los comportamientos comunicativos. La carta ha sido, durante largos periodos de tiempo en la historia, el medio de contacto predominante para mantener relaciones a distancia. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con la publicación de textos

autobiográficos y su creciente popularidad, la práctica epistolar en su uso más tradicional sufre, desde finales del siglo XX, una decadencia. Con el establecimiento de estos modernos medios de comunicación, nuestra mirada hacia ella comenzó a cambiar, y su conveniencia a ponerse en tela de juicio. El contacto con los ordenadores, los móviles y el internet ha resultado en que la dinámica de la correspondencia haya adquirido nuevas formas, como la del correo electrónico o el SMS. Estas recientes dimensiones implican nuevas características de las que se reviste el género, pero también consecuencias en la forma de construir relaciones, de comunicar y de acabar con la distancia que separa a los remitentes.

El desuso de la escritura y el envío tradicional de la epístola es comprensible. Oliver Harris repasa el proceso que supone la emisión de una carta— su redacción, el empaquetado, la búsqueda y compra de un sello y la infinidad de sistemas de recogida, transporte y distribución que entran en juego:

[...] from the postman with his canvas bag and his little van, from the sorting office with its clattering machinery to train stations, airports, docks, then unloading for more sorting, more vans, more mail men, on through the innumerable comic hazards of bad weather, traffic accidents, vicious dogs, drunken mistakes, [...] wrong addresses, dead letters . . . such is the burden carried by the regular daily mail. It is a wonder letters are still written at all, such are the frail and cumbersome technologies of transport needed to handle them. (Harris 159).

Así visto, resulta una inversión de labores y de tiempo pesado y evitable cuando se pone frente al envío instantáneo y sencillo de un email.

Un email es un mensaje de texto enviado electrónicamente y que, independientemente del lugar geográfico en el que se lleve a cabo la emisión, será recibido por el receptor en cuestión de segundos. Al no existir ya aquel laborioso proceso, el correo electrónico también acaba en gran medida con el problema de la incertidumbre que suponía, en otros momentos de la historia, la trayectoria de una carta física a larga distancia. El emisor no tenía forma de conocer en qué parte del tránsito se encontraba a cada momento su mensaje, si se perdería por el camino, o si llegaría a la dirección correcta del lector objetivo- una angustia que el comunicador electrónico no experimenta. El emisor del email tal vez no sepa si su mensaje ha sido leído, pero podrá comprobar que ha sido enviado y recibido en cuestión de segundos.

Además de acortar enormemente el proceso de emisión y acabar con la incertidumbre, este medio digital también ha alterado nuestra forma de entender la temporalidad. El atractivo de la rapidez se entiende si se pone en relación con el momento en el que vivimos. El poder que brinda la era digital— el acceso a la información en cualquier momento, los millones de hipervínculos que en un instante nos dirigen a multitud de plataformas distintas, el poder realizar actividades de forma simultánea, o sencillamente el tener cosas al alcance de un *click*, ha resultado en importantes transformaciones en nuestra forma de comprender el tiempo, en nuestra paciencia y en nuestra sensibilidad hacia la espera. En su estudio de las transformaciones de la epístola hacia nuevas formas, Melançon dedica un capítulo a sus repercusiones en estos aspectos. Considera que los intervalos de tiempo de los que se nutría la carta tradicional— con sus momentos de envío, de tránsito, de lectura, de escritura, de entrega de vuelta— han sido rotos por la casi instantaneidad del correo electrónico, y la “autopista de información” que sucede en el mundo digital ha alterado los conceptos modernos del tiempo, de las distancias e incluso del espacio.

Además, matiza que “Paul Virilio radicalise leur propos quand il affirme que cette modification perceptive transforme fondamentalement le rapport au temps, car l’un est indissociable des autres. Il ne suffirait plus de constater, comme le remarque à juste titre William Mitchell, que le réseau Internet est ‘antispacial’ et qu’il ‘nie la géométrie’ [‘negates geometry’], dans la mesure où l’adresse électronique n’est pas véritablement une adresse physique” (Melançon 26). Esto es, con el envío de emails se niega la geometría en la medida en la que el recorrido que sufre un correo electrónico no es verdaderamente una dirección física. La localización del destinatario ya es irrelevante para nosotros, porque nuestros mensajes no seguirán una ruta geográfica como la de las cartas. El tiempo se ha hecho independiente del espacio, y existe en un presente perpetuo en el que todo llega en el “ahora.” Así, “ce qui revient à dire que le temps est devenu indépendant de la géographie [‘ici n’est plus, tout est maintenant], que l’homme vit désormais *outré-chronologie*, dans *l’homogénéisation temporelle*” (Melançon 26). Nuestro cambio de mirada hacia las distancias convierte la inmediatez del mail en algo mucho más razonable que el innecesario proceso del envío de la epístola, y más cuando ya se ha visto que el objetivo principal de esta forma de comunicación es suprimir una distancia.

Sin embargo, es revelador que en la práctica se siga haciendo uso de este formato. La angustia por la muerte de la práctica epistolar es más probable que sea una reacción al rápido ritmo en el que parece crecer y evolucionar el mundo que un interés genuino por la carta. La realidad es que la comunicación vía correo electrónico y mensaje de texto no es nada más que la continuación de la correspondencia a través de distintos medios, y su convivencia con estas otras formas hacia las que deriva no reemplazan la práctica tradicional por completo. En todo caso, sirven para identificar y resaltar en la carta sus usos particulares y las características que la siguen haciendo valiosa.

Ahora bien, ¿qué consecuencias tienen estas nuevas posibilidades y transformaciones en la construcción de dinámicas y relaciones? Es con la comunicación que se materializan, desarrollan y mantienen las conexiones familiares, de amistad, de conocidos o compañeros. Al haber cambiado las condiciones de comunicación, también lo harán así las propias relaciones que en ese acto se desarrollan y mantienen.

Estas son las cuestiones que exploran Jane Haggis y Mary Holmes en un estudio en el que contrastan el email, el SMS, y la epístola. Para ello, utilizan como material de análisis una serie de cartas de oferta escritas por mujeres victorianas, por una parte, y los resultados de unas entrevistas a parejas contemporáneas que mantienen relaciones a distancia sobre los mensajes de texto y correos electrónicos, por la otra. El contraste de estas dos fuentes pretende examinar cómo los distintos medios alteran la dinámica de las relaciones que se establecen en este tipo de comunicación.

Una de las primeras consecuencias en las que se detienen, también Haggis y Holmes, es en la inmediatez que concede el mensaje de texto y el correo. Observan que la rapidez que brinda el email también permite aumentar la frecuencia del contacto entre correspondientes, pues la respuesta del emisor comparte la capacidad de llegar en cuestión de segundos. Así, la certeza de que los mensajes serán entregados en un instante, y de que todo el mundo hoy en día tiene un móvil o un ordenador cerca de sí, hace que sea mucho más fácil mantener un intercambio prolongado. La mayoría de los sujetos del estudio de Holmes decían escribir con bastante frecuencia, casi a diario, con breves mensajes de texto o correos. Una de las implicaciones de la frecuencia, concluye su estudio, es una reducción de la calidad de información e intimidad que se comparte. En el conjunto de cartas con el que trabajaban encontraron relatos y reflexiones mucho más detalladas en las que las remitentes se detenían a describir sus sentimientos, pensamientos y alrededores con profusión de

detalles, frente a mensajes electrónicos entre parejas contemporáneas con un menor sentido de la urgencia por explayarse, con menos implicación personal y emocional, y en los que parece primar la economía. Además, la accesibilidad de estos medios permite que la comunicación se pueda producir bajo muchas otras circunstancias cotidianas, como en el metro, corriendo por la calle o el trabajo. Es fácil, por ello, distanciar los mensajes de texto o de correo de lo íntimo y personal y caer en la brevedad e improvisación. Esta realidad no solo le quita un aura especial a la redacción, sino también a la recepción. La carta, sin embargo, requiere de un acto aislado, casi ceremonioso, con completa conciencia y preparación. Entre sus conclusiones, Haggis y Holmes también señalan la creación de una nueva obligación moral que no existía con la epístola, una exigencia de respuesta igualmente inmediata o frecuente que antes no era posible y que ahora se ha creado como resultado de la necesidad de constante contacto.

Otra de las consecuencias más significativas del uso del email frente a la carta es la ausencia de la materialidad. De la fisicalidad podemos recibir mucha información extra-textual a través de elementos como erratas, la caligrafía, la disposición de la información, el papel seleccionado, los errores de un mensaje no alterado por ninguna aplicación ni editor, entre otros. El papel sobre el que se escribió y la tinta que ahí quedó grabada puede incluso tener una esencia de puente, que tiende un lazo entre el presente y en el momento en el que se compuso. El formato digital, aunque sí permite ciertas modificaciones tipográficas, viene con un modelo estandarizado, con una libertad de elección reducida — incluso existe el límite de caracteres en algunas plataformas— y por ello el email no cuenta con un rastro personal tan definido y profundo como el que se imprime inevitablemente sobre el papel. La materialidad y la marca del emisor no sólo revisten a la carta de encanto,

si no que añaden información sobre su personalidad e intención que va mucho más allá de los signos lingüísticos y el contenido relatado.

A este respecto son interesantes unos apuntes de Jean-Louis Bonnat sobre la escritura de cartas de Van Gogh hacia su hermano Theo. El pintor holandés tardaba mucho en escribir sus cartas a su hermano— a veces hasta dos días enteros para una sola epístola (que se puede comparar con el descuido al que parecen invitar los medios digitales, explicado en los anteriores párrafos). Un aspecto interesante que destaca el crítico francés está en la caligrafía del pintor, pues en ella se pueden reconocer miles de los pequeños signos y formas que luego caracterizan su brocha sobre el lienzo. Escribir, dice Bonnat, se muestra entonces como un dibujo donde los movimientos de la mano, hombro, respiración y micro gestos del cuerpo, se cuelan en el trazado (117). Con esto, se ejemplifica el alcance de la caligrafía y el aspecto físico de la carta a la hora de revelar información sobre el remitente.

Oliver Harris considera, de hecho, que el aspecto de la materialidad es una de las principales razones por las que la práctica epistolar no es derrocada por completo por otras de sus variantes. Defiende que, por encima de toda la información valiosa que podemos recibir a través del papel, en la materialidad de la carta reconocemos el hecho de que ha sido tocada y manipulada por personas— no solo por el emisor, sino también por las manos de todos los intermediarios que la han hecho llegar. Esto la reviste de humanidad, y casi de una cualidad metonímica en la que la carta es la propia persona. Para ilustrar esto mejor, relata una emocionante imagen de Kafka escribiéndole a Felice Bauer, con una mano sosteniendo su respuesta y con la otra escribiendo “the door between us is beginning to move, or at least we are both holding the handle” (Harris 160). Y, de forma parecida, leemos en una carta de Diderot a Sophie Volland:

Je baise tes deux dernières lettres. Ce sont les caractères que tu as tracés; et à mesure que tu les tracois, ta main touchoit l'espace que les lignes devoient remplir, et les intervalles qui les devoient séparer.

Adieu, mon amie. Vous baiserez au bout de cette ligne, car j'y aurai baisé aussi, là, là. Adieu.²

No es difícil imaginar que la idea de estar tocando al otro a través del papel tenga un lugar especial y permanente en nuestra sociedad, en algunos aspectos, electrónica y despersonalizada.

La materialidad, como última consecuencia, hace que los dos formatos que aquí se ponen en contraste también se distingan por la perdurabilidad. Así, los correos son intangibles y efímeros, mientras que el papel está llamado a permanecer. No todas las cartas sobreviven, pero sí tienen una forma física que puede servir tanto para la rememoración y exploración personal del pasado, para la recopilación o publicación literaria o para un análisis por parte de otras disciplinas. Tal vez sea por esta trascendencia que, sumada a todo lo ya mencionado, la práctica epistolar se resista a desaparecer.

Sin embargo, sea como sea de atractiva la carta, yo escogí, con ocho años, escribir correos. Y yo, repito, adoraba la materialidad— jamás tiré una postal o notita, me encantaban los dibujos, hasta me quise imponer un diario. Pero después de detenerme en las características de ambas formas, mi elección también habla de mis necesidades del momento. Por un lado, el email era la forma más adecuada para suprimir los kilómetros que separaban nuestros continentes en aquel entonces. Por otro, los correos permitían la extensión y el proceso de seducción propio de la epístola y que no se llevan a cabo en los otros medios de comunicación, como el SMS. Eran, además, más perdurables y tangibles

² Carta de Diderot a Sophie Volland el 31 de agosto de 1760.

que una llamada telefónica, en las que las palabras se evaporarían tan pronto salieran de mi boca. Y todo ello incluso sin tener que prescindir del todo de reflejar mi personalidad en la escritura. Las modificaciones tipográficas, la firma electrónica y los emoticonos tal vez no eran características tan humanas como en la carta, pero sí cumplían la función de dejar vislumbrar algo de mi persona. El correo era, en definitiva, el medio perfecto para las necesidades de aquella niña que hablaba con sus familiares hace tantos años.

SEGUNDO CAPÍTULO

Claire Lynch acuña el término “ante-autobiography” para referirse a todos aquellos textos autobiográficos que han sido escritos sin conciencia de tal: “Since these texts are understood as coming before autobiography, the term is equally applicable to an unfinished or fragmented autobiography. In other words, the material that has the potential to become an autobiography, the personal archive, might also usefully be understood as ante-autobiographical” (Lynch 105). Estos fragmentos pueden nacer de una gran variedad de prácticas: la correspondencia, los diarios, ejercicios de clase, publicaciones en redes sociales o todo aquel lugar en el que escribimos sobre nosotros mismos sin la intención de crear con ello una narrativa de nuestras vidas, aunque más adelante tengan la capacidad de serlo.

Este, ya se ha visto, es el caso de mis correos, pues llegaron a mis manos muchos años después de mi viaje a Indonesia y no nacieron como ejercicio de autorepresentación. Por esta característica, que se ve, además, potenciada por haber sido escritos cuando tenía pocos años y menos conciencia aún de estar haciéndolo, este material de análisis tiene varios puntos de interés. Al formar parte de lo que se puede denominar “ante-autobiography,” no son documentos de un pasado recreado y alterado. Como explica Lynch, “while adult life writing depends upon the act of retrospect, divining meaning from what has been, children, by necessity, write about lives in the present and future tense. These are not documents of a remembered past” (100).

Como digo, así como al momento de escribir un diario, la adolescente cuidaba y repasaba sus palabras, eternamente insatisfecha con su manera de estar representándose, con aquellos correos no tenía conciencia de estar haciendo nada por el estilo. Yo era pequeña y quería entretener, resultar graciosa y mantener el contacto con unos familiares a

los que echaba de menos, y sencillamente así lo hacía. Además, es el contacto directo con mi voz de aquel tiempo, y en ella no influyen las proyecciones que yo pueda hacer desde mi presente adulto. Todo esto hará que sea más fácil acceder a la verdad íntima de una autora que no se molesta en ocultarse, que no sabrá que estará siendo leída muchos años después. Estas características también hicieron que, tras una primera lectura, los correos provocaran una sensación de extrañamiento en mí, y dieran lugar a una investigación en la que se pretende ver el efecto de un material autobiográfico en su autor años después. A lo largo de este capítulo hablaré de mis primeras impresiones y haré un análisis de los rasgos más llamativos de los correos a la luz de tres conceptos que son importantes para la comprensión de los textos autobiográficos y que son especialmente relevantes en mi colección de emails, basados en las reflexiones de Sidonie Smith y Julia Watson: la identidad, pues lo que yo buscaba conseguir en mis correos manifiesta, en última instancia, la forma de entender mi identidad y sentido de pertenencia cuando era más pequeña; *emplacement*, es decir, mi relación con los espacios y como la oscilación de dos continentes me provocaba una división interna; y finalmente la memoria, ya que el sentimiento de extrañeza ante un material escrito por mi misma revela las complicaciones de la rememoración.

Identidad

La identidad es central al acto de *life writing*: en la escritura autobiográfica es una búsqueda, y en mi confrontación con este material inadvertido, fue un encuentro.

Las identidades, para Smith y Watson “are constructed. They are in language. They are discursive. They are not essential—born, inherited, or natural— though much in social organization leads us to regard identity as given and fixed” (39). Esto es importante, pues precisamente porque se construyen a lo largo del tiempo y no son inherentes al hombre es

que están ligadas a una gran cantidad de categorías: “Identities materialize within collectivities and out of the culturally marked differences that permeate symbolic interactions within and between collectivities. (...). Identities are marked in terms of many categories: gender, race, ethnicity, sexuality, nationality, class, generation, family genealogy, religious belief, and political ideologies, to list the most obvious” (Smith y Watson 38). La identidad, por tanto, es permeable y dependiente de la colectividad o categoría al que el individuo se quiera acercar. Más adelante se verá de qué forma mis correos dejan ver cómo y según cuál de estos aspectos entendía yo mi sentido de pertenencia y de personalidad.

Otro aspecto importante de la identidad es su construcción, ya que al suponer un proceso evolutivo, no es una realidad estática sino una realidad provisional (Smith y Watson 38). Por su naturaleza cambiante es también que mi primer acercamiento a mi material de “ante- autobiography” fue como estar explorando los archivos de un desconocido, pues estaba teniendo contacto con unos aspectos que antes me caracterizaban y formaban parte de mi sentido de la identidad pero que tantos años después ya no.

*Emplacement*³

Como explican Smith y Watson, “we as subjects are bodies inhabiting space; but more important, we are positioned subjects, in and of place. Emplacement, as the juncture from which self- articulation issues, foregrounds the notions of location and subject position, both concepts that are inescapably spatial” (42). La identidad, que ya se ha visto que irá construyéndose a lo largo del tiempo, es por ello inevitablemente local, pues el humano está siempre enraizado a un espacio concreto. La relación con la geografía también será un factor significativo a la hora de entender, construir y plasmar el sentido de la personalidad.

³ La traducción de esta palabra al castellano puede ser algo así como “localización”, pero considero que el término en inglés abarca de forma más amplia todo lo que conlleva el concepto.

En mi caso, de mi vida antes de Indonesia no tengo demasiados recuerdos. Las estampas más vibrantes en mi memoria son de Salvatierra, el pueblo de mi familia materna. Durante años, nos reunimos todos los domingos. La casa de mi abuela está indisolublemente asociada a los propios familiares que la habitan. De hecho, hubo un tiempo en mi infancia en el que creía que el pueblo era un microcosmos presidido por nuestra casa, y en el que mis parientes vivían, fuera del tiempo, por siempre ahí. Es por eso que en los correos hay muchas referencias al lugar y a mis familiares maternos. Mónica, Eduardo, Marisol, la “Tata Elena,” Martín y Lucas... todos ellos, aglomerados en mi terraza de Salvatierra, eran una especie de metonimia de mi sentido de hogar. Este sentido de pertenencia se vería sacudido con mi llegada a Indonesia, y el contacto con aquella “otredad” no haría más que despertar en mí una conciencia espacial de la que no había sido consciente hasta el momento.

La correspondencia, y más aún el email, era el medio perfecto para poner solución a esta nostalgia, a este malestar que nacía de mis conflictos de desplazamiento que me perseguían en ambos continentes. Ya se ha visto en el primer capítulo que la correspondencia nace como intento de reducir una distancia que de otros nos separan, y que a partir de un pacto epistolar se podrá desencadenar un intercambio comunicativo. Además, se ha estudiado cómo el email acaba con todas las incomodidades espaciales y temporales que pueden estar ligadas a la condición material de la epístola tradicional. Mis correos disolverían las leyes de la geografía con su llegada instantánea al otro lado del mundo en cuestión de segundos. A lo largo del análisis se verán las formas en las que intenté llevar a cabo este propósito.

Memoria

La memoria es una de las claves del concepto de autobiografía: es lo que hace posible el ejercicio. Así, explican Smith y Watson que “The life narrator depends on access to memory to narrate the past in such a way as to situate that experiential history within the present. Memory is thus the source, authenticator, and destabilizer of autobiographical acts” (22). El carácter retrospectivo de la autobiografía será lo que permita a los autores de este tipo de textos entrar en contacto con su pasado y comprender, a través de ello, la raíz de sus comportamientos y la evolución de su identidad.

Sin embargo, una de las principales características de la rememoración es que nace de un proceso complejo y variable, pues entran en juego mecanismos como los de la recopilación y selección, las súbitas apariciones sensoriales, la ficcionalización inadvertida y el olvido. Y, con esta información alterada, “we inevitably organize or form fragments of memory into complex constructions that become the changing stories of our lives” (Smith y Watson 22).

A la complicación del propio proceso de recuerdo se le añade que esta actividad se produce en un presente, circunstancia que no hace más que alterar la visión que tenemos de nuestras vivencias pasadas. De nuevo, explican las dos críticas que “remembering involves a reinterpretation of the past in the present. The process is not a passive one, of mere retrieval from a memory bank. Rather, the remembering subject actively creates the meaning of the past in the act of remembering [Rose]. Thus, narrated memory is an interpretation of a past that can never be fully recovered” (Smith y Watson 22). Entonces, no es solo que la experiencia original no pueda ser repetida, pues ha sufrido un proceso de alteración por la naturaleza compleja de la memoria, sino que además los sujetos han proyectado en los recuerdos el contexto de su presente.

Un análisis

Los correos fueron dirigidos a tres grupos de personas. La mayoría tiene como objeto mis familiares en España, entre los que se encuentran mi tía Mónica, “Tata Elena,” la tía Marisol o mis primos Martín y Lucas. Otros correos son para mis profesores de aquellos años y contienen trabajos sobre los proyectos que se me encargaban entonces, algunas dudas y unas cuantas disculpas por retrasos académicos. Mi tercera receptora es Marina, mi mejor amiga en aquellos años, con quien me correspondía con frecuencia en Indonesia y, cada vez con menos frecuencia, cuando nos despedimos para siempre en mi partida a España.

Aunque es cierto que se deja ver el paso del tiempo y mi madurez en el discurso, y que según a quién los dirijo cambiará el idioma y los temas de los que trato, los correos mantienen muchos puntos en común. La persona que los escribe es natural y expresiva, y no se molesta en ocultar su intimidad, sus miedos, sus peticiones y unos cuantos reproches. Esta voz espontánea, que ahora también reconozco en mí, me hace sentir una complicidad con la Sofía más joven. Me río al leer la forma en que describí algunas situaciones cotidianas, y siento un impulso de afecto hacia la autora y sus maneras inocentes. Por ejemplo, recuerdo los chascarrillos de la primera confesión que le relato brevemente a mi prima, una anécdota de un vuelo memorable a mi tía Mónica, o un correo empapado de drama para mi profesor por un trabajo enviado tarde. En las narraciones hay abundantes exclamaciones, juegos tipográficos, onomatopeyas, hipérboles, ironía, franqueza y expresividad, así como un interés por transmitir escenas concretas frente a descripciones panorámicas. Esta forma de expresión y uso inventivo del lenguaje es también interesante como ejemplo para acercarnos a la manera de relatar de los niños en general. Como explica Susan Engel:

They tend to focus on emotionally compelling events, feelings or details, and present them starkly. In this way, young children are often more vivid (and spare) than the average adult writing about his or her life (...). Children tend to give as much space to a dramatic or personally significant detail as they do to the complicated and long chronologies that might document more, but convey less. Children also tend to use evocation rather than description to communicate subjectivity (Engel 205).

En mis primeras lecturas, como digo, me resulta curioso recordar algunas andanzas que había olvidado de mi estancia en Indonesia: el terremoto que sufrimos, las extraescolares a las que me apuntaba, algunas de las frecuentes inundaciones o las inquietudes infantiles que compartía con mi amiga Marina. Además de las anécdotas que recuerdo haber vivido, también me encuentro con fragmentos que me muestran mi forma de ser de entonces. Por ejemplo, el pequeño texto que aparece en uno de los correos con una tarea para clase, en la que se nos pide hablar sobre nosotros mismos:

*My skin is peach, my hair is the colour of chestnut. My flag, red yellow red.
My eyes are shaped like almonds, the color of almonds too.
Get on the car and speed to school at 7:25.
My hands touch the mushy mud clay and give it the shape of a bowl,
I look at my watch 2:55, five more minutes.
I get home and my mouth waits happily while food pours in.
My brain adds up, then multiplies, I look at the page, yes done!
As ink smears the sky I read a book about a half woman half fish.
My eyes get heavy and my head touches the pillow. Zzz.
This is me.*

Me resulta interesante saber que esto es lo que decidí elegir de mi misma como lo más representativo. Si me hubiese impuesto la tarea de escribir sobre mi forma de verme en la infancia de forma retrospectiva, nunca hubiera dicho que priorizaría, en la primera frase y antes del color de mis ojos, la bandera de mi país, ni hubiese pensado en hacer un recorrido

impresionista de mi rutina diaria como parte de mi persona y como significativo de identidad. Un texto como este me acerca y me aleja de mí misma, pues aunque aún conservo rasgos como el color de pelo y de ojos, me parece la descripción de una extraña que se siente identificada con cosas distintas a las que yo ahora. Esto también remite a aquello visto anteriormente sobre la memoria, pues el hecho de que me extrañe al leer las palabras dichas por mi misma habla sobre la imagen que me he construido desde el presente de mi yo de la infancia.

Pero, además de las anécdotas banales, lo que más me sorprendió fue encontrar algunas emociones que subyacen a esta información y que no recordaba haber sentido. La que más salta a la vista es una constante urgencia por contactar con mis receptores, porque me respondan de vuelta, por quedar con Marina, por crear lazos con mis profesores y, sobre todo, por contactar con mis familiares españoles, por cerrar la distancia que nos separan, por recordarles que aunque estaba físicamente lejos, me acompañaban siempre. Yo no esperaba encontrar unos correos empapados de urgencia de contacto, pues yo recordaba haber sido muy feliz en Indonesia. Y sin embargo, mis intentos por reducir la distancia entre los dos continentes son constantes, y en los correos se reconocen distintas formas en las que yo intentaba lograr este objetivo.

Una de las tácticas que primero llama mi atención es el intento de hacer a mis receptores partícipes de mi día a día. A mis familiares y amigos les narro anécdotas de nuestras actividades cotidianas, de cómo ha sido mi vuelo, que estén al tanto de fechas importantes como mi primera confesión, del libro que estoy leyendo y de qué manera me recuerda a mis primos. A través de esto, lo que había ocurrido en mi día podría formar también parte del suyo. Para lograr su implicación, también hago preguntas con las que les

involucro en mi narración: “¿que tal estas?¿ te has enterado lo de la inundacion enorme en Jakarta? Tranquila, no nos ha pasado nada.”

Hablar del pasado de forma conjunta, explica Engel, es una forma poderosa de construir y confirmar la intimidad: “The act of collaborative remembering confirms that people are close by, reminding both partners that they have been through things together. Furthermore, joint remembering allows them to revisit that shared experience while sharing the experience of talking about it” (205). Los intentos de hacer a mis receptores partícipes de mi vida, de acercarlos a mi cotidianeidad y de recordarles anécdotas que hemos vivido juntos funcionaba como recurso para crear, entre yo y ellos, una historia en común.

Otro de los motivos recurrentes en esta serie de correos son las alusiones al idioma. Son varias las veces que les hablo a mis familiares del inglés, o les propongo como tarea estudiar unas frases escritas por mí. Ahora imagino que debería suponer un disgusto para aquella niña pensar que, además de existir una gran separación física entre los dos continentes, también podría alejarles un idioma que ella controlaba y ellos no. En aquel entonces, yo llegué a hablar mejor el inglés que el castellano (esto tal vez se pueda ver en la fluidez con la que escribo a mi amiga Marina y, al mismo tiempo, los errores que plagan los correos a España). A través de lo que leo en ellos parezco entender que me daba miedo no compartir esto, que pudiera ser una barrera entre nosotros en un futuro. Esto se me confirma cuando descubro que, a su vez, a mis primos les propongo que me enseñen euskera. Así, a mi regreso no sucedería a la inversa con este idioma que ahora yo era la que desconocía:

Hola Martin y Lucas

Bosotros tambien mandazme fotos! Jo, y enseñazme euskera! yo os puedo enseñar bastante ingles, asi yo puedo hablar vuestro nuevo idioma y vosotros el mio, como si yo estuviese en españa y vosotros en indonesia.....

How are you, Martin?, I am tired, Lucas.

que os parecen? unas pocas frases mas para practicar, bale?:

how old are you, Lucas?. Do you like spaghetti, Martin? ala, a estudiar!

Si quereis podeis responderme para que vea como de bien escribis en Ingles. Si me respondeis me pondre contenta!

chao chao. sofia.

Hola Tia Marisol!

e buelto con mi trabajo de profe de ingles.

aqui va una frase, "the mountain rose up nearly touching the clouds with the top covered with snow and the rest with a curtain of green grass"

significa, "la montaña subia, casi tocando las nuves con la punta cubrida con nieve, y el resto con una cortina de de hierba verde" Esta me la acabo de inventar yo y me gusta. Parece poetica.

Y la ultima frase, "I watered and cared for my plant but it died anyways" Que significa, "yo rege y cuide de mi planta pero aun asi murio". Tambien la he pensado yo.

Estudialas y practica tu acento mucho para que asi tu tambien sepas ingles como yo y hablemos las dos cuando este ahi.

Es interesante que con mi amiga Marina también suceda algo similar que con mis familiares españoles cuando, al final de mi estancia, partimos cada una a su país. Ahora yo estaba regresando a España, donde quería estar, pero ya no tendría cerca mi otro mundo, al que también estaba indisolublemente unida.

Dear Marina,

Thank you! Thank you! THANK YOU! Your email was one of the best presents of my day, really.

You still continue in that wonderful school, but I am in one where they don't believe in friendship between teachers and students, where all the people in my class dress the same and have no interest in seeing an inch of the world and are mean between each other. But in Pattimura the teachers were loving and caring, the students were from all over the world, they respected everyone and every culture and they were all friends. I loved going to school. The best five years of my life have been in Pattimura with all of those lovely memories, most of them by your side. To those you mentioned yesterday we could add so many more: going to your house and watching movies and playing groovie girls, recess in the playground under the sun, going to the library and sharing our favorite books, inventing magical stories and pretending we were girls on boats, preparing their adventure for the future wherever the waves would take them... And so many more moments I will forever treasure.

I don't know if you remember, but before leaving to Spain you told me that we were not parting forever, we were only not be seeing each other for a very long time, just like long summer vacations. I still believe that, I know we will see each other someday.

Anyways, thank you so much for all your birthday wishes again. I love you lots and miss you lots too.

Your best friend, Sofía.

Esto nos remite, de nuevo, a mi relación con el espacio. Como ya se ha visto anteriormente, mi enraizamiento con Salvatierra y los familiares que la habitaban era fuerte, y lo había convertido, en la construcción inadvertida de mi identidad, en algo valioso y definitorio de mi persona. Es por eso que cuando se me separó del lugar, hacía todo lo posible por contactar con él. Y sin embargo, tras mi partida de Indonesia también suceden unos correos en los que parezco querer volver a acercar a mi ese otro espacio. Había echado unas nuevas raíces, y era una niña con un sentido de pertenencia dividido. Por eso, no me extraña encontrar de nuevo intentos por interrelacionar mi vida con la de Marina como se ha visto antes con mis tías y primos españoles, revivir los recuerdos

indonesios que dejaba atrás y hacer nuestras viejas actividades cotidianas ahora más también:

Marina!

I forgot to tell you something in my last email,

You know that in seventh grade you have to do a lot of projects? I got an idea that maybe (only if you want) you could tell me by email one of them and I could do it to see if I could get along well doing it. I am in Spain doing my own projects, but maybe if you send yours too I can do them both and that way we are learning almost the same things.

Is that OK?

Bye!

Sofía

You know, we could start a book club together. We choose a book, read it, and then comment about it by chat or emails, like in Pattimura. Remember those good old times? Do you like the idea?

We could choose one of Donna Jo Nappoli's books like "The Magic Circle" which looks interesting, although you might not have time to do it. Dont worry about it.

Well, gotta go,

Hope to hear from you soon,

Sofía

En mis emails también parezco haber dado importancia al aspecto visual, que se concreta en un constante intercambio fotográfico a lo largo de muchos de los correos. Las imágenes nos acercarían tanto como las palabras: yo escucharía su voz a través de sus líneas pero también recordaría sus caras y la casa de la abuela, o las vistas que tenía Marina y que yo acababa de dejar atrás. Ellos, por supuesto, lo mismo harían conmigo y la cantidad

de fotos que insertaba en mis emails de Jakarta. Los espacios y los cambios que nos hacían lejanos y diferentes ahora serían conocidos para todos.

*Hola tata,
Jo! nunca me escribes!
Me encantaria que me mandes almenos cuatro fotos mui buenas de Martin y Lucas y dos de Imanol (minimo). Les necesito ver a mis queridissimos.
Pronto te mandare un monton de fotos mias y de Paula.
¿ que tal estas? Te echo de menos
Un beso Sofi*

*Hi Marina!!

Hows Seoul? Are you having fun there? How is it? Tell me everything about it!

Exactly tomorrow we are parting to Switzerland! Scary!
Are you in Jakarta? Did you see the pictures? I'm going to send more. Every time I take my camera somewhere I think : "I'm going to take some good pictures for Marina". It will be as if you are here too.
I'm going to take my camera to Switzerland and when I come back i'll send the pictures to you. I'm not only going to take pictures of me and my sister, I will also take pictures of Switzerland for you to see how pretty it is.*

Otro de los aspectos que salta a mi vista es la disposición de la información y los juegos tipográficos. Lo vivaz de mi expresión, como se ha mencionado en la introducción, no solo sucede por las anécdotas y la forma expresiva de narrarlas— también hay un trabajo con los aspectos visuales. Aunque ya se ha explicado en el apartado teórico que estos no tienen el mismo poder y alcance que en la epístola y su materialidad, el email en cierto sentido sí permite imprimir una huella de identidad. Yo, al parecer, lo explotaba al máximo. La mayoría de los correos están escritos en cursiva, en distintos colores, con palabras en

mayúscula y con una opulenta cantidad de emoticonos. Esto podría ser una simple diversión personal a la hora de componerlos, pero lo cierto es que el aspecto visual llamativo también estaba al servicio de unas ganas de imprimir mi personalidad y mi urgencia por saber de mis destinatarios de vuelta.

Dear Mr. Hodgson!

We miss you a lot in class and we all hope that you will get better!

We hope you can recover soon so that you can come back to class because class...

is not that good with out you!

*We all love you! And hope to see you soon!
Sofia!*

PS.you should check out the book Castle Corona urgently in the library, soon. it is SOOOOOO good, AMAZING. I think you might love it.

Mr. Hodgson,

The horriblest thing happened today. I worked and worked and worked on my newspaper for 4 hours STRAIGHT and even timed it from my watch and I did SOOO much work. About 7 big full long interesting articles.

*and then..... THEN..... **THEN!!!!** I lost everything.*

I lost a whole big newspaper. And we searched and searched and searched in the computer for it but..... no luck.

*So please forgive me because I didn't finish my newspaper on time. It will be done by my conference day with a lot of extra effort. It will never happen again.
see you in class!*

La firma en la correspondencia es importante porque nos recuerda a aquel pacto característico de la autobiografía en el que la narradora es también la protagonista y la autora. Pero no solo lo es por esto, sino porque junto con las fórmulas finales, funciona también como huella identitaria y personal. Aunque el autor ya ha dejado entrever su persona a lo largo del discurso (por los temas sobre los que habla, por cómo ha organizado su discurso, por la forma a la que apela a sus destinatarios, la manera en la que ha arrancado a escribir), es en el final del mensaje en el que querrá imprimir, por última ocasión, su seña personal. La carta llega a su fin, y el autor recordará que se está despidiendo precisamente porque no tiene aquel con quien quiere hablar cerca de sí. Como explica Pilar Saiz, “[...] cuando el autor da cuenta de la distancia que le separa de su interlocutor, de la ausencia de los suyos, del deseo de un hipotético encuentro, está desencadenando una estrategia de seducción, imprescindible para poner en evidencia al destinatario, estrategia que conduce a este a la necesidad de suscribir definitivamente el pacto epistolar a través de una respuesta” (85). Con esto en mente, descubro que un patrón que se repite en mis fórmulas finales y que puede ser una herramienta implícita en mi persuasión del destinatario es en la referencia a mi relación con el receptor. En casi todos me despido con un “*Your best friend,*” “*tu sobrina,*” “*Tu preocupada prima.*” Es interesante que las últimas palabras sean recordatorios de los lazos familiares o amistosos que nos unen. Y, aunque no explicito nuestra relación, empleo un mote o término afectivo que mantenemos entre nosotras: “*Minette, tu gatita inglesa,*” “*your perry sofia.*” También sucede esto a la inversa: mi forma de referirme al destinatario es muy personal. Así, a mi tía Marisol la llamo “*auntie,*” a mi prima le llamo “*Tata Elena*”... la insistencia de interpelación se ve reforzada con este uso de nombres afectivos, familiares, que además

recuerdan a nuestra individualidad e inciden en la realidad familiar extra- textual que teníamos y sobre la que me interesaba poner el foco.

Pero más llamativo resulta de las despedidas el deseo explícito de una contestación de vuelta, en la que dejo claro mi necesidad de comunicación, y lo mucho que me agrada saber de ellos. Nada más claro que cuando escribo:

Hola perry

me gusta muchisisisisisisisisisisisisisimo cuando me escribes a si que escribeme muchisisisisisiimos correos cada dia.

Mandame muchisisimas fotos de Berna i tambien me encantaria que si te mandan fotos Martin o Lucas o tambien Imanol o la tata Elena, remandamelas bale? me encantaria verles

good bye

your perri sofia

Resulta casi doloroso para mí enfrentarme a tal necesidad de contacto. Es un deseo, además, empapado de disculpa. Yo no quería molestar, así que pido correspondencia de vuelta, “*pero solo si quieres,*” o, en otra ocasión, “*si no te importa.*”

Hola Tía Marisol Tuti Fruti,

Esta mi cuidadora y me siento un poco sola sin mi madre ni padre y no me gusta estar asi. Es mejor escribirte a ti y asi no me siento sola ni con miedo y puedo pretender que tu me hablas de buelta tambien.

Quando viba en españa todo cambiara. Podria ir a casa de el tio eduardo a pasar la noche enbede tener una cuidadora cuando no estan mis padres como ahora..... o si tu te mudas otra vez a españa podriamos ir a tu casa Paula y yo (solo si no te importa).

bueno, casi se me cierran los ojos.

PD. lo siento por no acer los problemas de mate pasados pero en esta vida pasan cosas como fiestas, tennis, caballo,natacion ect. y una no puede hacerlo todo.

besos, Minette tu gatita inglesa

Cuando no es el deseo urgente, es un reproche dolido:

*Hola tía Elena
Estoy esperando el correo de lucas!!!! tambien esos correos que nos
iban a escribir ayer!!*

*estoy impaciente porque me encanta cuando me escriben! recuerdaselo!
Os quiero mucho a todos! PORFABOR QUIERO VEROS YA*

un beso, Sofia

Hola tata

Que tal estás, yo estoy bien. No tengo noticias nuevas tuyas, mejor dicho ninguna noticia tuya. Mi correo electronico es.....
sofigonzalo@gmail.com (por si no lo sabias)

MANDAME FOTOS O si no me muero o tambien mandame algun correo P-L-E-A-S-E !!!(P-O-R- F-A-B-O-R!)

Tienes algun nuevo novio??

Sofia

P.D Mandame fotos de imanol tambien!

P.D Tengo una camara dijital de fotos AQUATICA ya te mandare unas fotos, bale

Hay ocasiones en las que la insistencia es tal que parece que me importaba más recibir una respuesta de vuelta que la información que podrían contener. Yo, en última instancia, no quería caer en el peligro del monólogo. Todas estas estrategias por mi parte trabajan en conjunto para persuadir a mis receptores de que mantengan viva una correspondencia que parecía hacerme gran falta.

Conclusión

Fue en ese momento de mi vida que desarrollé un fuerte sentido de la localidad, y fui especialmente consciente de dónde vivía: ambos espacios entre los que oscilaba, junto con las personas que los habitaban, estaban asociados a mi sentido de identidad y pertenencia. Es por esto que existe en los correos un desesperado intento de reducir distancias entre

ambos continentes, en añorar uno, pero también el otro. A través de ellos caigo en la cuenta que fui una niña intempestivamente exiliada de su país y, para cuando aprendí a amar el nuevo, me vi obligada a dejarlo atrás también. Esta información, en última instancia, habla sobre la forma de entender mi identidad en aquel momento. Las reflexiones que extraigo de los correos revelan cómo concretaba yo mi sentido de pertenencia, mi enraizamiento a dos países, mi relación con la familia, mis inseguridades y qué buscaba de las personas que me rodeaban. Además, como ya se ha visto, otro de los factores importantes en este encuentro fue el de la sorpresa y el extrañamiento: por una parte, eran mis propias frases las que estaban ante mí, mi inalterada voz infantil, por lo que había complicidad y atisbos de reconocimiento, y sin embargo, también sufrí un desconcierto, pues, como dice Lynch, “this sense of separation between the past self [the author and subject of the autobiography] and the present self [observer and reader] seems particularly informative; they are the same but different” (110). No fue hasta comprender lo supeditados que están los recuerdos a los procesos de la memoria y al contexto presente desde el que se recrean que entendí cuánto de mucho distaban mis imaginaciones de mi infancia a los documentos reales. Un contacto directo con la niña Sofía, su identidad y sus circunstancias del momento solo es alcanzable con el encuentro por casualidad de momentos que sobreviven, como mis correos, y no por un esfuerzo de recreación.

TERCER CAPÍTULO

Estos pequeños atisbos de conversaciones entre mis familiares y amigos en forma de mails me han devuelto, con nostalgia y sorpresa, cosas de mí que desconocía, y me han sumergido en un pasado en el que ahora me recreo con cariño. Una de las cosas que se ha ido mencionando a lo largo de este trabajo es la capacidad de crear una historia tras el encuentro con materiales autobiográficos que construimos de forma inadvertida a lo largo de nuestra vida. En las próximas páginas haré precisamente esto: una recreación literaria a raíz de lo aprendido en mis correos, muchos años después.

Algunos domingos en Salvatierra

El columpio de la abuela parecía sonreír a los transeúntes desde la terraza. Cuando todavía nos reuníamos en aquella casa, esperábamos con ansias el momento del café para balancearnos en él, y, aunque era viejo, también el columpio nos recibía en su asiento con gusto. Las fotos me confirman su estructura alargada y sus franjas naranjas y negras, pero igualmente sin ellas puedo recordar la áspera tela y oír de nuevo el monótono chirrido de su vaivén. Era suficientemente extenso como para que varios de nosotros montásemos a la vez, y eso ahorró numerosas peleas por ver quién de los primos tenía el turno en aquel aparato encantador que presidía la terraza.

El suelo, que ahora es gris y grumoso, en aquel tiempo debió de ser distinto, probablemente de arena como el del camino que conecta la casa con el resto del pueblo. No lo recuerdo con precisión. En aquellos años mi interés se disparaba, una vez me bajaba del columpio, a las flores de las macetas que bordeaban la terraza. Era imposible ignorar su existencia. Siempre estaba mi abuela o alguna de sus hijas removiéndola la tierra o acomodando las hojas. Yo nunca he tenido especial vocación por la jardinería, pero sí me gustaba acercarme a husmear qué hacía con ellas mi madre. Mientras sus

manos revoloteaban por la tierra, yo oía atenta la costumbre consagrada— la historia de cuando ella fue muchos años florista en Zumaia. Junto con el relato siempre venía la promesa de que me haría el ramo de novia más bonito de todos cuando me fuese a casar. Yo no sabía exactamente en qué consistía ese oficio, pero cuando en segundo de primaria Mrs Morehouse nos preguntó qué planeábamos ser de mayores, contesté llena de orgullo que no quería otra cosa en el mundo que florista.

Las macetas de la terraza me llegaban hasta la cintura, y hacían la función de pequeño muro para evitar caídas al jardín que había inmediatamente debajo. Si mi vista sigue ascendiendo desde el lugar en el que imagino estar posicionada, lo siguiente con lo que me encuentro es un conjunto destartalado de huertas. Después, casas distantes. Detrás, montañas que en los días nublados se confunden con el cielo. Allá, más lejos aún, la promesa de otros pueblos.

Durante varios años, no consideré las vistas de la terraza como parte de mi pueblo. Aquel hogar había estado habitado, desde siempre, por un conjunto de familiares que para mí nunca envejecería, y se llamaba Salvatierra. También eran Salvatierra el camino que la unía con la plaza, el parque de “la Resi” y la tienda de chuches de “las gemelas”. Lo demás era una irrelevante aglomeración de edificios y montañas que poco tenían que ver con el lugar donde había crecido mi madre. Sufrí un desengaño al explicarle a mi tío, un día que me había llevado a un parque en el que nunca habíamos estado antes, que debíamos darnos prisa por volver a Salvatierra, pronto sería la hora de comer. Escuché con estupor cómo me explicaba que ya estábamos ahí, que Salvatierra era todo aquel espacio, que sencillamente íbamos a volver a la casa de la abuela. ¡La casa de la abuela! ¿Por qué se refería con tanta sencillez al edificio más importante del pueblo?

Salvatierra, en efecto, es relativamente extenso. Los comercios, que ahora no son más que puertas desgastadas y carteles que pintan “cerrado”, revelan que hubo un tiempo en el que sus calles estaban llenas de movimiento. Es un pueblo cansado. Lo protagoniza la plaza principal, pequeña y bordeada por casas que siempre parecen estar vacías. En medio se tambalea una iglesia vieja. Hay también una fuente donde, cuando todavía éramos lo suficientemente pequeños como para divertirnos con el agua y el sol, pasábamos a veces el tiempo. De la plaza se extienden, como venas, varios callejones estrechos de suelos indecisos, que desembocan en algún parque descuidado o en más plazas sencillas. Los balcones ya no tienen flores como las tenía nuestra terraza.

Cuando no estaban enfrascadas en el arreglo de las macetas, mi madre, las tías y la abuela pasaban las horas charlando en la mesita blanca. Mientras me recogían en su regazo y me daban a probar de sus cafés, yo miraba la forma en la que mamá movía las manos al hacerle a Paula una trenza, cómo hacía bailar su falda la Tía Elena cuando empujaba el columpio, la rapidez con que las pecas de Marisol se multiplicaban ante los rayos de sol. Enfrascada en la contemplación, yo no tenía gran inquietud en saber qué hacían en aquellos momentos de domingo los hombres de la casa. Por supuesto, Martín y Lucas también correteaban por ahí conmigo y se acercaban a las macetas, aunque sospecho que más para arrancar las hojas que para contemplar los colores. Los tíos y el abuelo estarían en el interior de la casa, echándose la siesta o bebiendo su "antibiótico", como lo llamaban ellos. El antibiótico olía sospechosamente a pacharán.

Me gustaba Salvatierra y me gustaba la terraza de la abuela. Antes de que partiéramos a un país lejano, así pasábamos los domingos. Ahora se me confunden entre sí, como pasa con los recuerdos distantes y felices, y ellos también parecen acudir a mi mente con un monótono vaivén.

Llegamos a Indonesia

Unas navidades, mi padre desapareció para irse a Indonesia.

Yo en aquel tiempo tenía casi siete años. Me gustaba disfrazarme en casa con mi amiga Bea. Mamá me vestía siempre como Paula. La tía Marisol a veces me llevaba a comer croquetas a la Plaza de España. Papá me llamaba *potxolita* y me rezaba antes de dormir.

Es curioso que recuerde, aunque a borrosas pinceladas, en qué consistía mi vida antes de su partida. También, y con todo lujo de detalle, mi llegada eventual al lugar que daría un vuelco a mis próximos cinco años. No tengo, sin embargo, ni idea de qué pasó entre medias. ¿Cómo nos dieron la noticia? ¿Entendíamos Paula y yo que llegaría un momento en el que también nosotras nos montaríamos en el avión con él?

Sucedió el primer día de Agosto. El vuelo, nos había contado papá, era muy largo, ¡íbamos a pasar un día entero en un avión! Ya me había encargado de contárselo a Bea, que seguro que se moría de envidia. Miré por la ventanilla cuando ya dejó de dar miedo la forma en la que se sacudía el enorme aparato. Era la primera vez que estaba sobre las nubes en vez de bajo ellas, y no me gustó su consistencia. Lo que yo imaginaba esponjoso y suave era, en realidad, un decepcionante e impreciso vapor. Además, no están esparcidas por el cielo, pensé. Son solo una capa, como una manta. Menuda tontería, las nubes.

Paula no quería ver el cielo. Era más miedica que yo y en cuanto pudo le preguntó a una azafata si opinaba que ese avión era seguro.

-¡Qué graciosa la niña! Si no lo fuera, yo no me habría montado con vosotros.-

Y volvió a nuestros asientos con un Ferrero Rocher.

Cuando aterrizamos en Jakarta, me dolían las piernas. Las luces del aeropuerto eran brillantes y ya se me había quitado el sueño. Paula y yo nos reímos de que los “indoneses” hablasen raro. Los miré con más detenimiento y decidí que eran un poco feos. Parecían amables; me sonreían con afecto, y al hacerlo, se les cerraban mucho los ojos. Pero no se parecían a nadie que yo conociera de España. Acababa de comprender que habíamos llegado, definitivamente, a un nuevo país.

Unas puertas de cristal, al sentir que nos acercábamos, se abrieron como un telón en el teatro. De pronto, apenas podía respirar. Un aire pegajoso me envolvía, no pasaba bien por mi garganta, parecía colgar de mí como una capa asfixiante. Me agarré de la mano de mamá. Teníamos delante una carretera donde se había formado una lenta hilera de bultos que pitaban con impaciencia, esperando a recoger personas que también habían salido del aeropuerto como nosotros. A pesar de toda la gente que había alrededor, nada se veía bien porque era muy de noche y todo estaba envuelto en oscuras partículas de polución. Las cosas parecían sombras en la sombra.

De pronto sonó un frenazo, un grito y un golpe seco. Delante de nosotros, entre los bultos de la hilera, se extendían en el suelo una moto, un hombre y mucha sangre. Paula, todavía desorientada por el vuelo, comenzó a llorar.

-Mamá, ¡está rojo! ¡A ese chico le ha pasado algo!

-Claro que no, cariño, creo se le ha caído una Coca Cola y se ha derramado por todo el suelo. Mira, corre, mira ahí a lo lejos: ¡hay unas luces en forma de palmera! ¿A que son bonitas?

-¿Pero qué dices, Merche, no ves que un tío se la acaba de pegar en moto? Creo que el pobre se ha matado. ¡Ja! ¡Bienvenidas a Indonesia, *potxolitas*!

Desde mi ventanilla

Indonesia despertaba con el cantar de los imanes.

Lo hacían con altavoces, para que se oyera en cada rincón de la ciudad. Si no rezabas con ellos, por lo menos estarías obligado a escucharlo hasta desde el lugar más íntimo de tu casa. Las palabras eran indescifrables para mí, y llevaban consigo una urgencia desagradable. Sucedió cinco veces al día, y cinco veces al día se detenía la ciudad a escuchar.

Mi entretenimiento durante las horas que costaba desplazarse por los atascos de tráfico consistía en contemplar el paisaje desde mi ventanilla. La polución era una niebla sucia que se interponía entre todos los elementos. Al estar siempre presente, parecía un habitante más. Tras ella se distinguía un océano de edificios y calles confundidas entre sí, extendiéndose hasta donde alcanzaba la mirada. Era un paisaje de contrastes. Entre montones de casas locales a medio construir salían disparados edificios lujosos que parecían querer esconder su tejado entre las nubes. Las carreteras, anchas y abarrotadas de coches, motos y animales, estaban perfiladas a ambos lados por mercadillos en los que se podía encontrar todo tipo de artefactos, niños mendigando, cuerpos estirados que parecían descansar, puestos de comida, monos que robaban los puestos de comida, y hombres conduciendo carritos con ruedas de madera, tambaleantes como las piernas de un borracho.

Viajar en coche era como pasear por una galería de fotografías exóticas y coloridas, y cada vez que me detenía a observar una de las imágenes con fascinación, esta me contaba una historia. Yo quería immortalizar todas ellas para que pudieran maravillarse conmigo desde España. A la noche, en mi correo diario, les enseñaría a Martín y Lucas unas gallinas que ocuparon ese día la acera. A mi tía tal vez le gustaría

ver los bonitos trabajos de madera tallada que hacían las mujeres. ¿Pensarían ellos en mí, desde la terraza de Salvatierra?

Jakarta tenía tanto movimiento que cada día era una ciudad nueva. Conocerla era imposible y abarcarla también. Viajabas sin saber qué te deparaba la vuelta de la esquina, si acabarías por llegar a tu destino. Tampoco Jakarta parecía entender mucho-sencillamente daba refugio a esta aglomeración de animales, coches y personas, a veces indistinguibles entre sí, y dejaba que se desarrollara el caos. Pero yo ya reconocía aquel giro de la esquina, el árbol más grande de la calle Tamampuri, mi rascacielos favorito. Jakarta y yo, aunque separadas por un cristal, éramos cada vez menos extrañas.

Las estaciones indonesias eran dos: la “mojada” y la “seca”. Esos eran los términos científicos que se usaban en nuestra casa, por lo menos. En la “época mojada”, la lluvia era tan torrencial que solo sé que los recuerdos no están transfigurados por mi memoria porque existen fotografías que lo comprueban. En cuestión de días, las carreteras se inundaban hasta convertirse en pequeños ríos de lluvia que, mezclada con la suciedad de las calles, formaba una especie de barro sobre el que milagrosamente flotaban los coches. Las noches de esta estación eran las más agradables y también con las que más miedo pasaba. El cielo parecía un campo de batalla. Las nubes viajaban por los cielos a montones, cargadas de gotas de agua que golpeaban con furia el tejado. El ruido de los truenos interrumpía cualquier pensamiento. Pero esas lejanas noches de lluvia traían consigo un regalo: cuando las cortinas de agua arrastraban consigo la polución, el ambiente del día siguiente, por unos instantes, parecía nuevo. Por la ventana abierta entraba el perfume inimitable de tierra y hojas mojadas del jardín.

Pero entonces, era hora de volver a acostarse. Pronto volverían a cantar los imanes anunciando la mañana.

BIBLIOGRAFÍA

- Altman, Janet Gurkin. *Epistolarity: Approaches to a Form*. Ohio: Ohio State University Press, 1982.
- Bonnat, Jean-Louis. *Des mots et des images pour correspondre*, Nantes: Université de Nantes, 1986.
- Engel, Susan. "Children's Life Writing." *Encyclopedia of Life Writing: Autobiographical and Biographical Forms*. Ed. Margaretta Jolly. London;Chicago: Fitzroy Dearborn, 2001. 204-206.
- Gusdorf, George. "Condiciones y límites de la autobiografía." Trad. Ángel G. Loureiro. *Anthropos: Boletín de información y documentación* 29 (199): 9-18.
- Haggis, Jane, y Holmes, Mary. "Epistles to Emails: Letters, Relationship Building and the Virtual Age." *Life Writing* 8:2 (2011): 169-185.
- Harris, Oliver. "Out of Epistolarity Practice: E-Mail from Emerson, Post-Cards to Pynchon." *American Literary History* 13:1 (2001): 158-168.
- Horowitz, Louise K. "The correspondance of Madame de Sévigné: Lettres or belle-lettres?" *French Forum* 6, 1 (January 1981): 13-27.
- Jolly, Margaretta. "Lamenting the Letter and the Truth about Email." *Life Writing* 8:2 (2011): 153-157.
- Jolly, Margaretta, y Stanley, Liz. "Letters as / not a genre." *LifeWriting* 1:2 (2005): 1-18.
- Lejeune, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Trad. Ana Torrent. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- Lynch, Claire. "Ante-Autobiography and the Archive of Childhood." *Prose Studies* 35:1 (2013): 97-112.
- Melançon, Benoît. *Sévigné @ Internet*, Montréal: Éditions Fides, 1996.

Puertas Moya, Francisco Ernesto. *Los orígenes de la escritura autobiográfica: género y modernidad*. Logroño: Seminario de Estudios sobre Relatos de Vida y Autobiografías, 2004.

Saiz Cerrada, María del Pilar. *Cartas íntimas de Antoine de Saint-Exupéry: entre la soledad y el amor*. Pamplona: EUNSA, 2007.

Smith, Sidonie, y Watson, Julia. *Reading Autobiography: A Guide for Interpreting Life Narratives*. 2nd ed., University of Minnesota Press, 2010.

Sorapure, Madeleine. "Computers and Life Writing." *Encyclopedia of Life Writing: Autobiographical and Biographical Forms*. Ed. Margaretta Jolly. London;Chicago: Fitzroy Dearborn, 2001. 225-226.

Stanley, Liz. "The Epistolarium: On Theorizing Letters and Correspondences." *Auto/Biography* 12 (2004): 201-235.